

LA CIUDAD SECULAR

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

NUESTRO mundo se ha «secularizado». Esa es la gran novedad de la historia de todos los tiempos. Las cosas de este mundo estaban dominadas, o eran utilizadas, por lo religioso. Y, por primera vez, ya no es así.

La gran batalla comenzó en el Renacimiento; pero sólo se consumó en estos últimos años. Hasta los católicos lo reconocemos así; y ya no entonamos el canto del cisne, lamentándonos lacrimosa y románticamente por lo sucedido.

Somos como el teólogo cristiano Harvey Cox, que sostiene todo lo contrario: que esta «mayoría de edad» del mundo es algo positivo, incluso para el cristianismo.

Porque ahora es cuando pondremos al Evangelio en su sitio —en el corazón del hombre— y no entre los bastiones de las ciudades terrenas, las redomas y matraces de los laboratorios o de los centros de investigación atómica.

Por primera vez el mundo —como he dicho recientemente— se ha hecho opaco a Dios. Por la simple razón de que Dios no está entre las cosas, sino en el fondo del corazón humano. Dios no es un ingrediente más entre las máquinas, o los reactores atómicos, como lo estuvo entre rayos y truenos en un tiempo no lejano.

A Dios lo hemos desplazado del mundo de las cosas, y, sin embargo, esa operación de limpieza ha sido beneficiosa, porque ha puesto todo en su sitio respectivo. Hoy podemos pensar los cristianos que esa labor —promovida sobre todo por los no creyentes— nos ha hecho un gran bien, perfeccionando la idea que teníamos de Dios, y descubriéndonos que sólo era Dios el Dios-Amor, y no esas imágenes confusas que, más que promovernos como hombres, nos atenazaban y paralizaban.

No creo que haya habido teólogos más comprensivos de esta transformación que experimenta nuestro mundo que el veterano Padre Chenu, O. P., y el renovador Padre Schillebeeckx, O. P. Sus dos obras: «Pueblo de Dios en el mundo» y «Búsquedas teológicas», son un buen testimonio de ello.

La «secularización» comenzó en 1543, cuando el canónigo polaco Copérnico escribe su tratado «Del movimiento de las esferas celestes», liberándonos de toda atadura astronómico-religiosa. Y se desarrolla después en el piadoso —y drásticamente revolucionario— filósofo católico francés Descartes, que no tiene inconveniente —contra clérigos y religiosos— en luchar por la autonomía del pensamiento humano.

Ese proceso acelerado por la revolución social del siglo XIX, aboca en una aceptación católica plena, con la encíclica «Pacem in Terris», donde el genial campesino que fue Juan XXIII asume sin miedo esta «secularización».

II ABLABA yo un día a un grupo de sacerdotes del Norte, y me decía uno de ellos que a él no le decía nada esta encíclica, que tanto se había aireado, porque no descubría en ella nada nuevo, y se limitaba el Papa a decir lo que ya todo el mundo —este mundo casi ateo— afirmaba.

Nunca he oído mejor elogio. Sin darse cuenta, este clérigo hacía la mejor alabanza de un documento eclesialístico. Por primera vez un Papa se olvidaba de su tiara y su cetro, para —humildemente— ponerse a escuchar a los hombres y reconocer que la «voz del pueblo es la voz de Dios».

Nada puso de su cosecha Juan XXIII. Modesta —pero no por eso menos valientemente— aceptó la defensa, sin reservas ni oportunismos, de los derechos humanos y de las libertades básicas; hizo suyo el deseo de universalismo, democracia y promoción humana que tienen los hombres actuales, de tal modo que ese documento —salvo expresiones de pasada— podía haber sido escrito por una asamblea laica del siglo XIX, con la cultura y conocimientos que hoy tenemos.

El Papa Roncalli era deudor de Kepler y Galileo, «que demostraron que los cielos no son el trono de Dios, sino parte del universo físico que ha de ser objeto de la exploración del hombre» (profesor Howe).

La Iglesia aceptó de una vez que «el interés primero que Dios tiene no es la Iglesia ni el pueblo de Dios, sino el mundo, por el que la Iglesia debe gastar su vida», como afirma el teólogo checo M. Opocensky. Y esta Iglesia deberá ser —si es sincera con su misión— sencilla, modesta, pequeña, sin grandes palacios, ni cortes pontificias, ni lujosos automóviles, porque no pretenderá dominar, sino ser «sal de la tierra» y «luz del mundo» —como pide el Evangelio—; ni pretenderá en el porvenir ninguna discriminación entre los hombres haciendo instituciones católicas segregadas de los se-

res humanos no-creyentes. Estimulará únicamente que sus fieles «estén presentes en una sociedad secularizada». ¿Cómo?: «tomando plena participación en la vida de esa sociedad» (M. Opocensky).

Una Iglesia que no delienda sus privilegios —por legítimos que sean— ni sus propios derechos —como ocurrió en tiempo de nuestra República—, sino los derechos de todos los hombres y de todo hombre. Una Iglesia que no pretenda dominar ni dirigir el mundo, pero que se solidariza con todas las penas, violencias e injusticias que padecen los hombres. Que no sólo habla del Vietnam o de África del Sur —que están muy lejos de nosotros y comprometen poco—, sino que habla de nuestras cosas, de nuestros problemas aquí en Europa, en nuestro suelo, en nuestro terreno, y allí donde ve un defecto grave o una posibilidad importante de mejora que afecte al hombre, lo señala sin hacer acepción alguna, ni humana, ni religiosa, ni social, ni política.

Que alienta a los hombres caídos, perseguidos o castigados por la sociedad, para que —si son cristianos— no se sientan olvidados, y si no lo son vean que esta Iglesia no es egoísta y no se preocupa sólo de los suyos. Sus obispos no deben ser señores, ni hombres de mentalidad limitada, defensores sólo de sus propios criterios humanos, sino pastores de todos, aunque los crean equivocados, acogidos y comprendidos. Sería lamentable —y de consecuencias futuras muy pesimistas— que, por un falso concepto de Iglesia, la, mezclen con cualquier realización humana o se sientan atados a ella. Los cuadros responsables de la Iglesia son —deben ser— independientes y valerosos para dar testimonio de defensa de los valores humanos básicos, los conculque quien los conculque, o los olvide quien los olvide. Solamente así la «ciudad secular» podrá ser inspirada por hombres autónomos que vivan una profunda responsabilidad de cara a ellas.

Ahora es cuando comprendemos lo que dijo el Apóstol San Juan: que a Dios no le vemos, sino sólo al hombre, al hermano. Y si no amamos al hermano que vemos, no podemos amar a Dios, a quien no vemos. Hemos de amar al mundo secular actual, en el que no vemos por ninguna parte a Dios, porque ésa es la única manera básica de amar a Dios.

III El padre Lippert, S. J., escribió hace unos años el libro más agudo que salió de pluma religiosa en nuestros tiempos. En él quiso encarnar al hombre actual, y en este hombre de hoy descubrió a Job, el del Antiguo Testamento.

Esta figura mística se hace en este libro símbolo real del hombre del siglo XX. De ese hombre desgarrado, luchador, prometeico, que —en su mejor versión— se enfrenta con Dios, como Job, y le dice: «Tus santos han besado a los leprosos, pero nada hicieron por curar la lepra; han dado a los mendigos cuanto **SIGUE**



Cualquier
situación
resuelta
con



Modelos de camisas IKE
para cuando el campo parece
que se asoma a la ciudad.
Podrá lucirlas con chaqueta sport,
blazer, foulard...

En plena naturaleza
IKE respira el aire de la moda.
Hay tantos modelos
de camisas IKE deportiva
como maneras de disfrutar
el fin de semana.



CUIDA EL DETALLE

LA CIUDAD SECULAR

tenían, pero no procuraron ordenar el mundo de modo que nadie tuviera que mendigar; quisieron apartar las inundaciones y la peste con rogativas, y por siglos lo intentaron así» (P. Lippert, S. J. «El hombre Job habla a su Dios»).

Esta es la verdad; y, por eso, el hombre-Job le pregunta a Dios —a ese Dios oculto, que no vemos—: «¿Fue esto contra tu voluntad, y te son aquéllos menos gratos que los piadosos, pero inactivos suplicantes?».

Seamos sinceros, y digamos con Lippert: «Los hijos de este mundo —los laicos de buena fe, los reformadores sociales entregados al cambio de estructuras, los investigadores de la economía y la sociología— que no veneraban tu nombre, que apenas lo conocían, han ornado el mundo de lámparas, y ensanchado y limpiado los caminos y calles, han aliviado la miseria humana, prolongado la vida de los habitantes de la tierra, suavizado sus dolores con arte maravillosa y con su insaciable sed de saber. Y, ¿qué piensas tú de esos hombres y de sus obras?».

Estos hombres, tendrá que confesar, que tienen una nueva «piedad». No aman la ficticia imagen de Dios que los creyentes nos habíamos forjado muy equivocadamente. Aman a los hombres de verdad, se preocupan por su futuro, y procuran construir la «ciudad secular». Una ciudad justa, ordenada, amable, donde el hombre sea hombre y pueda convivir con todos.

Y aunque se resista a llamar Dios a ese amor absoluto y realista que brilla en sus corazones, a ese ideal que les supera y les exige, ¿qué más da? Lo de menos es el hombre. Lo que vale es la realidad; la realidad es que «tú no ves a Dios, pero amando al prójimo mereces gozar de Dios, a quien tienes que ver» (San Agustín. «Com. a San Juan»).

El que comprenda unos sencillos y expresivos ritos religiosos —los que queremos que tenga el catolicismo en el futuro—, y no le sirvan de alienación, sino de aprendizaje de su responsabilidad con el mundo. El que comprenda la liturgia no como algo cerrado, misterioso, para iniciados; sino como una «liturgia cósmica» (San Máximo el Confesor), ese tal la practicará. Quien no pueda comprenderla, pero no sea hereje de la mala voluntad —el único hereje verdadero—, sino que sea un hombre justo, responsable, honrado, ya tiene lo principal, porque yo, como cristiano, creo que ya vive en él la gracia, el don del amor.

Habrían de preguntarse —entonces— los cristianos, respecto a la Iglesia visible: «¿cuántos extraños parece que están dentro y cuántos de los nuestros parece que están fuera hoy?» («Com. a los salmos». San Agustín).

Piadoso, por tanto, ya no será en el futuro sólo el que rece novenas o asista a procesiones. Será «quien mire y maneje las cosas, las terrenales incluso, según el orden establecido por Dios, porque así realiza los designios del Creador y lleva a cabo una obra en que El se complace» (X. Arnold. «Mensaje de Fe»). Y el orden establecido por Dios no lo averiguará escuchando sermones, ni siquiera leyendo esos confusos manuales de doctrina social católica; sino estudiando las cosas mismas y sus leyes y ateniéndose a ellas. Haciendo buena política, buena creencia, buena economía y buena sociología; y no pretendiendo una imposible ciencia católica, o política católica; porque la política católica no es deducida de ningún dogma, sino del estudio y reflexión que realizamos de la acción de los hombres. No hay más política católica que la buena política; ni más filosofía católica que la buena filosofía.

La ciudad de Dios no será ya la ciudad religiosa, tal como antiguamente se entendía, sino la «ciudad secularizada», siempre que esta ciudad sea respetuosa de los derechos humanos, de la libertad de los hombres y de la promoción del pueblo.

Podemos decir con toda verdad que está creando una nueva relación con Dios: que es la antigua relación del Evangelio, la que pasa a través de los hombres, y no sólo se dirige directamente hacia El.

Por eso nuestro punto de mira está en la «Ciudad Secular», para hacerla cada vez mejor, todos los hombres sin discriminación de personas, y sin paternalismos, dominaciones ni tiranías eclesásticas.

E. M. M.



seis tonalidades
maravillosas de
un maquillaje...
...muy envolvente

LANCASTER

MAT
maquillage
couvrant



Arrête la marche du temps